

dos y de quejas. Algunos ángeles arrojaron ejércitos enteros de demonios. Todos debieron reconocer y adorar á Jesús, y aquel fué su más horrible suplicio. Muchos fueron encadenados en un círculo que rodeaba otros círculos concéntricos. En medio del infierno había un abismo de tinieblas: Lucifer fué arrojado allí cargado de cadenas, y negros vapores se extendieron por encima de él. Hizose todo esto conforme á ciertos secretos divinos."

"He sabido que debe ser desencadenado Lucifer para un tiempo cincuenta ó sesenta años antes del de dos mil de Cristo, si no me equivoco. Fueron indicados otros muchos nombres de los que ya no me acuerdo. Algunos demonios quedaron sueltos ántes para castigar y tentar al mundo. Otros, según creo, han debido ser desencadenados en nuestros días y otros lo serán muy luego."

CAPITULO 4º

Le fué dicho también la extrema pobreza en que se había de ver el reino en la época en que se haga esta fundación, y le dijo Nuestra Señora que cuando abran los cimientos para el convento, se hallará un pozo ó *manantial de aceite* criado allí milagrosamente (1) para que este aceite fuera el vínculo de la cera que ha de arder continuamente en el altar y centinela. El convento que se ha de hacer en el Santuario para las religiosas del Desagravio sería habitado primero de religiosas capuchinas que irían á santificar el lugar mientras iban las religiosas del Desagravio.

(1) Esta circunstancia de estar allí milagrosamente el manantial sólo aquí se expresa; y no debe ser sino de aceite petróleo no conocido entonces. Véase el capítulo 19, explanación. A.

NECESIDAD DE EXPIACION: LA SANTISIMA VIRGEN LA PIDE.

LAS RELIGIOSAS ANUNCIADAS SON DEL DESAGRAVIO.

Para que se note más y más la misión de Matiana y el mútuo enlace y conexión de las predicciones de ésta con las otras profecías referentes á nuestros tiempos, llamamos la atención sobre el carácter de *desagravio* que le dá á la fundación anunciada, siendo así que ese deber de expiación para estos últimos tiempos se encuentra tan inculcado por todas las almas privilegiadas, favorecidas con revelaciones ó con inspiraciones divinas. ¡Ni qué más propio de un mundo delincuente que emplear el sosiego de sus postreros días en desagraviar á la inmensa majestad por tantas ofensas inferidas á su excelsitud en todos los siglos! ¡Qué más natural sino que consagre el corto periodo de su vida en lograr plenamente por su parte los sobrenaturales frutos de la Pasión! y ¿qué más conveniente, en fin, que se prepare más poderosamente auxiliado por la Infinita Misericordia á una próxima agonía interpuesta ya ante sus ojos para no dejarle mirar sino hácia el cielo?

«En el año de 1823 se le descubrieron á Ana Catalina Emmerich los males de la Iglesia, ofrecióse por víctima, aceptando Dios su sacrificio: pasó Ana aquel año en un martirio espantoso.» (Página 219, p.º 2.º)

Isabél Canori Mora, contemporánea de la anterior, murió á los cincuenta años de edad, en 5 de Febrero de 1825, siendo estigmatizada con la corona de espinas.

«Un día en que se celebraba la fiesta de la Purificación, la «Santísima Virgen le dijo mostrándole á su Divino Hijo: (Páginas «234 y 235 V. P.) Hija mía ¿ves cómo está herido? ocúltale dentro de tu «corazón. Al día siguiente para que alcanzara la salvación de unas «almas, le ordenó María ofrecer la sangre de su Divino Hijo al «Eterno Padre, y añadió: Une á esta ofrenda la de tus dolores y de «tus aflicciones así como el amor de que tu corazón está penetra- «do. El 8 de Diciembre de 1820 reveló el Señor á Isabel las tramas «urdidias por los impíos en el mismo Roma para destruir la religión «Católica; le declaró que iba á enviar á los hombres un terrible castigo, y que para no detener los azotes de su justicia, había resuelto «no aceptar las súplicas y sacrificios de sus almas predilectas. «Le recomendó que no tratara de desarmarle, pues le decía que

«no aceptaría las oraciones hechas con este motivo. Hizole ver «en seguida á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, quienes de «acuerdo con los ángeles, y en virtud de las órdenes que les había «dado, iban á trasladar al Soberano Pontífice.»

«Por consejo de su confesor presentó una humilde súplica al «Señor para que le permitiera, por los méritos de Jesucristo, pe- «dirle por las necesidades de la Iglesia, y que no privase á Roma «de la presencia de su Vicario, recordándole al Padre Eterno las «palabras de su Hijo: «Padre, perdónalos, que no saben lo que ha- «cen;» y uniéndose á Jesucristo se ofreció como víctima. Estando «rogando al Padre se le apareció Jesucristo y le dijo: (pág. 235) «Hija bendita de mi Padre, me es grata tu oración; tu sacrificio y «mis méritos aplacarán su justa cólera;» y la animó para que se «dispusiera á sufrir de parte de las potencias infernales, tormen- «tos en su cuerpo y sentidos, añadiéndole Nuestro Señor Jesu- «cristo que su espíritu padecería una agonía semejante á la suya «en el Huerto de las Olivas.

Después le dirigió el Señor estas palabras:

«Tu sacrificio fuerte y constante ha hecho violencia á mi jus- «ticia irritada. Suspendo por ahora el condigno castigo y doy «lugar á la misericordia. Los cristianos no se verán dispersos, ni «Roma privada del Soberano Pontífice. (1) *Yo reformaré mi pueblo «y mi Iglesia. Enviaré sacerdotes muy celosos..... vicificaré las «órdenes religiosas, por medio de reformadores sábios y santos, y «todos poseerán el espíritu de mi muy amado hijo Ignacio de Lo- «yola. Daré á mi Iglesia un nuevo pastor, santo y lleno de mi «espíritu: por su grande celo reformará mi rebaño.*»

(Página 245 p^o 4^o) El Padre Souffrand, cura de Maumuson (1775 á 1828) admirablemente dotado con el espíritu de profecía, dejó dicho: «que para calmar la justicia de Dios, al tiempo de los «grandes acontecimientos, era menester que todos los obispos con- «sagrasen sus diócesis al Sagrado Corazón de Jesús»... y le en- «comendó á la jornalera Delanoué que buscarse cierto número de «víctimas voluntarias, que ofreciesen el sacrificio de su vida por «la Iglesia y por Francia. Encontró algunas; y murieron ménos «dos que sobrevivían muy enfermas.»

Es necesario, según el Sr. Souffrand, (pág. 246) que antes de los últimos trastornos, en que perecerán muchos malos y también buenos, vaya la Misericordia delante de la Justicia, y que para esto se hayan hecho oraciones en toda la Iglesia, especialmente al Sagrado corazón de Jesús, á la Santísima Virgen, á San José y

[1] ¿No indica esto acaso que bajo el Pontífice designado por San Malaquías con el mote DE RELIGIONE DE POPULATA, ya no sufrirá semejante prueba y trastorno el rebaño de Jesucristo? E.

á San Miguel. Dios no espera más que ésto para herir y sanar en seguida. (1)

La madre María de Jesús, religiosa del convento des Oiseaux en Paris, nació en 15 de Marzo de 1797, y como lo había anunciado murió en el Señor el domingo 15 de Enero de 1854, siendo toda su vida de inmolación; al entrar en su comunidad, oyó que Nues- tro Señor le decía [página 280, penúltimo párrafo V. P.]

«Yo quiero que seas *victima* ofrecida por el amor continua- «mente; y pronta á ser *inmolada* como me pluguiere y muy parti- «cularmente por la más profunda humildad y por la sencillez más «perfecta;» é inmediatamente me ofrecí al Señor para ser en todo «*inmolada*, según su agrado, por su amor y por la salud de mis her- «manos;» (Pág. 281 al fin) En otra ocasión le dijo su celestial espo- «so: ¡Ah! ¡cómo se han reparado públicamente las ofensas hechas á «la Magestad Real; y no se reparan los ultrajes sin número que «yo he recibido en el *Sacramento de mi amor!*» (Página 283, pri- mer párrafo.) «Y en otra ocasión le repitió Nuestro Señor Jesús:

«Mira, ¿ves cuántos ultrajes he recibido *en el Sacramento de mi amor, sin que hayan sido reparados?*»

El Prior de uno de los conventos de cartujos recibió esta reve- lación (13 de Febrero de 1860) de una persona piadosa:

(Página 291, párrafo 2^o V. P.) «Pareceme, padre mío, que vi es- «tallar la revolución de una manera terrible; parecíame ver salir «derrepente masas armadas de todas las calles de Paris y de otras «partes; vi á los bandidos interrumpir los ferrocarriles, y á todos «aquellos que no habían tomado de antemano sus precauciones «condenados á permanecer en sus casas, siendo muchos degolla- «dos en ellas.»

«Vi un gran número de personas que parecía que aceptaban la «muerte *en expiación* de sus pecados; pero también vi á muchas «que se desesperaban á su vista. En medio de aquel trastorno me «pareció oír este grito *en todas partes y en todo lugar*: «*Haz peni- «tencia y repara por tantos crímenes; repara por tí y repara por los «otros; el día del Juicio está próximo.*» «Me es muy difícil, padre «mío, explicaros la manera con que todo esto se arreglaba; mas «he creído comprender que la mayor parte de las víctimas eran

[1] Ya se comprenderá la importancia de las tres Ave-Marias y salve, y de las otras oraciones mandadas rezar al fin de la Santa Misa; con cuánto fervor y devoción quisiéramos haberlas practicado cuando nos toque de actores en las calamidades y castigos anunciados y que estamos mirando venir desde hace algunos años, y que día á día suben de punto y seguirán aumentándose hasta la llegada del tremendo acontecimiento que debe cambiar la faz del mundo. Preparémonos porque acaso ese día terrible está más inmediato de lo que creemos. Si nos sorprende, nuestra es la culpa, pues ha sido demasiado explícita la Misericordia Infinita y ya debía haber tenido lugar el tremendo castigo y se ha diferido por intercesión de nuestra buena y piadosísima Madre María Santísima. Sin estas prórogas ¿cómo nos hubiera en- contrado el Señor en su indignación! E.

“de los malos, y que el buen Dios cuidaba de los suyos y los protegía para su Iglesia. Creo que nuestro Señor quiere conservar la mayor parte de los buenos para el triunfo de la Iglesia; no puede permitir que sean sacrificados, por el furor de los malos, aquellos á quienes tiene predestinados para la salud del mundo.”

Página 292, párrafo 3.º Me parecía, padre mío, que esta grande crisis no duraba mucho tiempo, y que después de esto, diríase que se respiraba otra atmósfera; que *la paz de Dios* que á continuación se gustará, ha de ser una paz desconocida, porque *la paz de Dios no reina ya en la tierra.*” (1).

“Pero en este terrible desastre se oía un grito por todas partes: ¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocación! ¡ay de los falsos servidores de Dios! ¡ay de los que no cumplen con sus deberes! ¡ay de aquellos que son obstáculos para el bien!”

A una joven obrera llamada María R*** nacida en Francia el 14 de Febrero de 1848, le dijo Nuestra Señora en 11 de Mayo de 1864. Página 365, párrafo último. V. P.

“Hace mucho tiempo que pido por vosotros y no puedo prolongar ya la paciencia de mi Hijo.”

Página 367, párrafo 2.º Y en otra ocasión: “¡Oh! ¡si el hombre supiera lo que es el cielo; la tierra sería para él nada! Fuera de esto ¿de qué tienes que quejarte? Quitá esos vanos pensamientos y mira con desdén los bienes pasajeros de este bajo mundo para dirigir al cielo todos tus deseos. Considera si yo misma no he padecido, y si no sufro todavía por ese mundo pecador, al que devoran *el odio y la envidia.* Las más desenfrenadas pasiones penetran hasta en los corazones más tiernos; y aún se admiran después de esto de que mi Hijo esté tan irritado contra el mundo. Otra vez más, hija mía, dí á tu cura que redoble las oraciones y que haga pedir más que nunca *reparación* de tantas culpas de mi pueblo. La *reparación* que aquí se hace los Domingos me es muy grata. ¡Ojalá que hicieran lo mismo todas las parroquias á su ejemplo!”

Página 368, párrafo 1.º “Mi Hijo está tan irritado que me veo obligada á mendigar las oraciones de algunos que me son todavía fieles. ¡Si los hombres supieran lo que sufro por ellos!”

“Si, lo repito, María, me veo obligada á mendigar oraciones; pídelas en las comunidades, tanto de religiosos como de religiosas. ¡Si mi pueblo pudiera comprender cuánto le amo, no ofendería á mi Hijo como lo hace! Yo no puedo ver castigar á mi pueblo, sin tener compasión de él. Su ingratitud aumenta más y más cada día; pero la indiferencia de los hombres me hiere más que todo: ellos desprecian mis advertencias que les serían muy útiles.”

(1) Luego es demoníaca la paz tan decantada que disfrutaban algunas naciones protestantes. E.

saludables. Son duros, *no se convertirán sino hasta que sean castigados.* Por vuestra parte orad, orad constantemente.”

Página 369, párrafo 1.º En Noviembre de 1864 oyó estas palabras: “María, sal y escribe” y escribió al dictado de la Divina Señora lo siguiente: “¡Oh, hija mía! Cuán irritado se halla mi Hijo por *las comuniones sacrilegas* que se hacen todos los días! ¡Oh, ingratitud! ¡Oh perfidia horrible! esos infelices traspasan mi alma más cruelmente que los que clavaron á mi Hijo en la cruz. ¡Ah! Hija mía, llora y pide por tantos pecadores. Si, orad, orad, hé aquí el grito que repito sin cesar. Díle á tu cura que recomiende la oración y la penitencia. El momento de los castigos se acerca; Ah! desgraciados, no hacen aprecio del alma de una madre. ¿Cuándo se convertirán? ¡Ay! *cuando se les castigue.*”

Página 370, párrafo 2.º El Jueves 18 de Noviembre le hizo escribir Nuestra Señora lo siguiente llevando como epigrafe estas significativas palabras:

“Oración, Reparación, Penitencia.”

“¡Ah, queridas hijas mías! me gozo de veros aquí reunidas para orar; la justicia de mi Hijo se calma poco á poco, apesar de la pequeñez aparente de esta acción. Deseo que se junten á estas oraciones un perfecto despego al pecado, y una comunión por semana *en reparación* de las blasfemias y ultrajes hechos á mi Hijo *en el Sacramento de la Eucaristía.* Orad, redoblad las oraciones. Por lo que á ti hace, pobre hija, si yo te pruebo, es para que permanezcas humilde, escondida del mundo, y viviendo como quien no vive. ¡Ah, hijas mías, si supierais lo que es el cielo, no podríais entónces mirar la tierra sino con desprecio! Llevad la cruz con paciencia y llegareis á ser santas. ¡Si supierais cuán irritado está mi Hijo! Yo suplico, yo sostengo su brazo, pero es muy pesado; grava siempre sobre vosotros y no haceis caso! (1) ¿Queréis aplacarle? Orad. Repetid con frecuencia ¡Cruz Santa, sálvanos! ¡Cruz Santa, protéjenos! ¡Corazón Sagrado de Jesús, tened piedad de nosotros y de vuestros hijos extraviados! ¡Aceptad nuestras débiles oraciones y presérvanos de los azotes que hemos merecido por nuestros pecados!”

... También de Jesucristo mismo recibió la vidente especiales revelaciones.

El Miércoles 27 de Setiembre de 1867 como á las 4 y media de la tarde, oyó una voz dulce que le dijo: (Página 373, p. 1.º y 2.º) “María: María,” me detuve y ví una grande claridad y en seguida á un hombre de estatura natural con un vestido largo, todo

(1) ¡Cuántas calamidades se sufren y en todas se busca é ingeniosamente se señalan, como causas del mal, el bien y la virtud que aún quedan en la tierra, para suscitarles nuevas persecuciones, aumentándose así la desgracia de este siglo ciego é infatuado, provocando más y más el ejemplar castigo! E.

«blanco, con cintura azul; llevaba descubierta la cabeza, tenía el rostro enflaquecido y triste, y derramaba lágrimas.»

«Hija, me dijo, mi alma está triste á semejanza de muerte, sufro una segunda Pasión, y nadie viene á consolarme. La voz de las iniquidades del mundo ha subido hasta mi trono, y está agotada mi paciencia. Mi brazo habria ya caído sobre vosotros si María, mi Madre, no le hubiera contenido; por eso se ha retardado un poco la hora del castigo. ¡Oh! necesito, almas devotas y generosas que procuren reparar mi gloria ultrajada.»

Ternísimas son las quejas del Divino Jesús dirigidas á nosotros, todos los mortales, principalmente á quienes comprendemos de algun modo la imponderable dicha de ser hijos de la Iglesia; le decía á esta feliz confidente suya en uno de sus raptos (página 374 p. 1^o): «yo me sirvo de tí sin ninguna necesidad, á fin de que sepais todos cuán bueno es vuestro Dios en conversar así con los hijos de los hombres, y sin embargo, ¡casi ninguno me ama! No se piensa en mí. Se me deja solo en mi casa, mientras que se hacen tantas visitas inútiles á falsos amigos. Y bien, ¿qué puedo hacer por ellos que no haya hecho? Les doy el alimento, el vestido; y en cambio no recibo sino ultrajes. ¡Ah, infelices! sois inferiores, vergonzoso es decirlo, á vuestros animales domésticos, que no harían con vosotros lo que haceis vosotros conmigo. Os he dado como alimento espiritual mi cuerpo y mi sangre, ¿qué más podía haber hecho por vosotros?»

(Página 376 p. 3^o.) El Miércoles 11 de Abril de 1866, quince dias despues de Pascua, manifestándosele de nuevo Nuestro Señor, exclamó: «Hija mia, dile á tu director, que estoy lleno de pena y que he sufrido mucho en el tiempo pascual. ¡Cuántos nuevos júdas, hija mia! Si, hay quienes al parecer venían á reconciliarse con su Dios, y al contrario, se han hecho aún más enemigos suyos. Si, hay quienes han venido á sentarse en la Sagrada mesa con la conciencia muy manchada. ¡O pueblo mio! ¿Qué te he hecho para tratarme así? En vano busco alguno que se compadezca de mis dolores, no encuentro á nadie, casi no hallo en todas partes sino desprecio é ingratitud. ¡Oh! vosotras, almas que yo he colmado de gracia, llorad conmigo! ¿Me amais? pues dadme la prueba: que las lágrimas inunden vuestro rostro, y que vuestro corazón se quebrante de dolor meditando en los castigos que se atraen sobre sí los pecadores. Si, las lágrimas hablan y vuestro Dios se ablanda por ellas. No tengo necesidad del amor de los hombres y sin embargo se los pido.»

(Página 377 p. 2^o.) «¡Oh mundo, cuán falsas y engañosas son tus máximas! Vosotros que sois mis amados, llorad todos conmigo. En cuanto á vos, oh buen pastor, enseñad á vuestros feligreses á que me amen. Que todos vuestros discursos vayan

sazonados con la dulzura, la bondad, la caridad y la circunspección. Predicádles como buen padre: sed bondadoso y afable con todos: haceos todo para todos á fin de ganarlos. Sobre todo orad por los pecadores; y apartad de sus cabezas los castigos que los amenazan. Yo cumpliré mis promesas, les haré gracia y los perdonaré; pero orad sin cesar.»

Otro mensaje no menos interesante le dirigió Nuestro Señor al Párroco de la inspirada por conducto de la misma.

(Página 377 p. último.) «Hija mia, dí á tu Cura que padezco mucho, que sufro más que en el día de mi muerte. Me he inmolado por ellos, y ellos me ultrajan. ¡Ah, infelices, mi Padre se vengará por fin; clama venganza mi sangre! Bienaventurado quien sabe prevenir los azotes de la justicia divina! Todos aquellos que todavía me aman, clamen sin cesar: ¡Perdón, perdón para esos ingratos! Que desarmen la justicia de mi padre! Como no se consideran las penas que merece el pecado, se procura muy poco su expiación. ¡Oh vosotros, Ministros de mis altares, al menos vosotros, dáos golpes de pecho exclamando: ¡Oh, Padre, misericordia! Perdón, perdón para vuestro pueblo! Reparad vuestra gloria ultrajada!»

«Sí, llorad y orad implorando sin cesar misericordia. No dejéis que caiga la cólera de mi Padre, detened el peso de la justicia. ¡Oh! los demonios desencadenados por todas partes hacen sus estragos, hasta en las personas más bien intencionadas, las cuales sucumben á sus sugestiones. ¡Todo esto me contrista y contrista también á mi Madre! Si supieras lo solicita que está por vosotros! No se puede resolver á veros castigar; constantemente se está interponiendo ante el castigo exclamando: ¡Perdón gracia para mi pueblo! Una tregua aún! En consideración á los justos, gracia por los pecadores! Y la justicia de mi Padre se detiene algun tiempo. ¡Ay no dejéis desbordarla! ¡Oh, pueblo mio, ¿qué te he hecho para tratarme así?»

En 23 de Junio de 1866, se quejó Nuestro Señor de los hombres con su privilegiada, tan amorosamente, que sería menester no tener corazón para no rendirse á tanta ternura. Oigamos cómo nos refiere estas dulces confidencias la favorecida directamente, pues á todos nos habla queriendo que le consolemos, como en el huerto la noche de su pasión, en medio de su angustiosa agonía, buscaba alivio y consuelo entre sus discípulos. Despertémonos y oremos; nos lo pide Jesús en su aflicción por el castigo que nos espera; oigamos lo que nos dice la vidente:

(Página 378 p. último.) «Señor Cura, ¿seré juguete de una ilusión? Tengo miedo de ello; pero mi Divino Maestro no lo ha de permitir supuesto mi temor. Entro en el oratorio y una apacible claridad aparece luego, retrocedo pero me llama una voz muy

dulce, y me dice: María, ven á consolarme, ven á pasar esta hora conmigo, ven á compensarme de lo que sufro por parte de los pecadores. Me puse de rodillas y le dije: yo misma lo soy también, ¿os he ofendido tanto? ¿Cómo os dignais hablarme de esa manera?—¡Oh María! aunque pecadora te he escogido para el cumplimiento de mis designios, pero mira como una honra el ser despreciada y perseguida. La cruz, la cruz, hija mía, hé ahí tu tesoro. Sí, hija mía, vas á tener pruebas y penas que te vendrán de todas partes: lo quiero así para desprenderte del mundo y enseñarte á practicar, como yo, la dulzura y la humildad. El que es verdaderamente dulce y humilde de corazón, posee todas las virtudes. ¡Oh, vosotros los que me amais, abrid los ojos y ved si hay dolor semejante al mío. He agotado toda mi sangre en la cruz en favor de mis hijos, ¡y ellos me ultrajan! Penetrad á las casas, andad por las calles, por las plazas públicas y no encontrareis por todas partes sino el pecado. ¿Conténtanse con esto? No, vienen á ultrajarme hasta en mi misma casa: pero lo que más me hieren son esas bocas impuras que me reciben. Hé ahí el más grande, el más sensible de los dolores que padezco; bajo el velo de una devoción hipócrita ocultan los vicios más odiosos. Vosotros, pues, amantes hijos míos, *suplid su amor; y reparad todos estos crímenes ofreciendo comuniones buenas y fervorosas para consolarme, y así hareis mucho en favor de esas mismas almas. . . . Una víctima debe sufrir.* Aceptad con el mismo espíritu todas las privaciones y padecimientos que os vinieren: el padecimiento del cuerpo preservativo es del alma. ¡El tiempo es tan corto, la eternidad tan larga! Pena corta, eterna recompensa!"

"Pocos días despues deja el Señor que se derrame de su alma la superabundancia de sus dolores. ¡Oh María! dice á su privilegiada hija: Ya nadie me conoce, nadie me ama en manera alguna—y lloraba.—Buscó alguno que al menos se compadeciera de mis penas, pero ingratos me abandonan. No, exclaman: nada de reparación, nada de reparación! y aún parece que añaden, al menos con sus acciones: "Dios quiere mi felicidad, pues yo quiero mi perdición! Dios quiere penitencia y yo quiero mi placer! Me estiende Él los brazos; yo prefiero ser esclavo de mis pasiones! Él quiere sacarme del lodazal; quiero yo revolearme en cieno más y más! En una palabra, toda la vida de esos hombres no es sino pecado y corrupción. . . ." Y sus lágrimas caían. Todo esto, Sr. Cura, me parte el corazón. . . ." Y bien, hija mía, continuó, por tu parte no ceses de exclamar: Perdón, Reparación. Que tus directores exclamen también: *¡Reparación, reparación al Corazón de nuestro Dios!* El verdadero Ministro de mis altares no debe pedir sino Reparación. ¡Oh, hija mía! ¿Hay un dolor semejante al mío? Y todavía llorando, desapareció. ¡Ah, señor Cura, me consume una gran tristeza cuantas veces entro en el

oratorio, porque se me representa en la imaginación llorando mi Salvador: me causa tanta impresión esto!"

(Página 382 p. 1.º) El 12 de Diciembre de 1866, dijole Nuestro Señor: "No te creas jamás capaz de conducirte por tí misma, sino que recurre á tus confesores confiadamente. Ellos te iluminarán, y bajo la égida de la obediencia no errarás jamás; pero si un solo día te apartas de esta senda estás perdida. Conserva bien mis consejos, hija mía; *obediencia y humildad.* Con estas dos virtudes no temas ni los asaltos del Demonio, ni los contratiempos que acaecerte han. La humildad y la obediencia exteriormente parecen viles y abyectas, mas en el fondo son grandes y magníficas. El hombre no puede formarse una idea acerca de esto; pero cuando yo aparecí en la tierra, no se dijo de mí sino esto de que me glorio: "*Es humilde y ha sido siempre obediente.*" Aunque no aprendieras mas que estas virtudes, todo lo obtendrias con ellas."

(Página 382 p. 2.º) La obediencia todo lo consigue, pues si una obra cualquiera es del agrado de Dios, quien de la nada ha hecho todas las cosas, puede obtenerse con la aprobación divina; pero Dios no sufre jamás la falta ni un instante de la obediencia, siquiera fuese en atención á las obras más elevadas. Ay de quien desecha la obediencia aunque sea para ejecutar grandes cosas por mi gloria! *El que llegare en el último día á mi tribunal adornado de todas las virtudes, si no se viere en ellas el sello de la obediencia, todo se le contará como nada.* Así como entre los hijos de los hombres, en negocios de importancia, sin la firma, nada es valadero; la obediencia es la firma en las virtudes, sin ellas son nulas al juicio de mi Padre."

La Santísima Virgen y el mismo Jesucristo, Señor Nuestro, nos demandan expiación, desagravio, reparaciones, siendo esto mismo el objeto del enunciado Instituto de adoratrices; y una notable prueba en consecuencia de la legitimidad de las revelaciones de nuestra vidente, como embajadora de la Reina del cielo para con las Gerónimas.

Llamamos la atención sobre que acaso ni se fijó la inspirada Matiana especialmente en la circunstancia del desagravio, pues refiere esta palabra como un mero calificativo ó renombre del Instituto; y no como de su esencia, objeto y fin primordial. Si se examina el texto que comentamos sin el desenvolvimiento posterior de otras profecías, ni nos detendríamos en dicha palabra ni nos revelaría ésta por sí misma su importancia y significación para el caso; y nos fijáramos exclusivamente en la idea de adoración perpetua al Rey de la gloria que tiene sus delicias en conversar con los hijos de los hombres. ¿Por qué la inspirada no nos llama la atención sobre este punto del *desagravio*? Lo hubiera he-